



LA RECONCILIACIÓN

Más allá de la Justicia

1. TESTIMONIO DE CARMEN HERNÁNDEZ.
Viuda de Jesús M^a Pedrosa, concejal del PP en Durango,
asesinado por ETA el 4 de junio de 2000
2. REACCIONES
3. LA RECONCILIACIÓN
Reflexión del seminario *Alboan*
4. EPÍLOGO
Reflexión del seminario *Cristianisme i Justícia*

Durante el curso 2002/03 el *Seminario de espiritualidad de la acción social y política* de ALBOAN centró su reflexión en la temática, amplia y compleja, de la reconciliación. Respondíamos así a una invitación de *Cristianisme i Justícia*, consistente en trabajar simultáneamente en Bilbao y Barcelona con los mismos textos y dinámica parecida, un asunto que, a buen seguro, podía suscitar ecos muy diferentes en un lugar y en otro.

Con tal propósito arrancó su andadura nuestro grupo. Éramos unas quince personas con recorridos personales, historias familiares y trasfondos ideológicos diferentes. Mujeres y hombres. Vascos nacidos dentro y fuera de Euskadi. Seglares y religiosos. Nacionalistas y no nacionalistas. Más y menos activos políticamente. Castellano parlantes y euskaldunes. De origen urbano y rural, desde los valles de Gipuzkoa hasta la margen izquierda del río Nervión. Estos factores, entre otros tantos, se entrecruzaban, confiriendo singularidad a cada uno de nosotros y pluralidad al grupo. Nuestro deseo inicial era abordar el asunto de la reconciliación desde nuestra realidad histórica concreta, la vasca, con víctimas reales, cercanas y cotidianas, pero sin que esto nos impidiera posar nuestra mirada en otros lugares más lejanos¹, transidos también de dolor y sufrimiento humano.

No obstante, la sesión del seminario más valiosa fue aquella en que contamos con la presencia de Carmen Hernández, viuda de Jesús Mari Pedrosa, concejal popular de Durango asesinado por ETA en junio de 2000, cuyo testimonio recoge este Cuaderno (capítulo 1), junto con las reacciones que éste suscitó en algunos miembros del grupo (capítulo 2). El encuentro con ella, que con toda su sencillez y honestidad nos puso sobre la mesa su historia de sufrimiento y reconciliación, fue un auténtico regalo de Dios. A todos nos impactó hondamente y es más que probable que todas nuestras ideas y debates posteriores queden teñidos del recuerdo de sus palabras.

Confiamos en poder transmitir en el capítulo 3 algunas reflexiones y descubrimientos suscitados a lo largo de nuestra experiencia, sabiendo que tienen que quedarse fuera muchas cosas, especialmente el caudal de experiencia vivida de los participantes.

Fundación Alboan²

¹ Las experiencias de algunos participantes en países como Colombia o Guatemala nos han acompañado en todo el itinerario.

² ONG promovida por la Compañía de Jesús en Euskadi que trabaja por la solidaridad entre los pueblos

1. TESTIMONIO DE CARMEN HERNÁNDEZ

*VIUDA DE JESÚS M^a PEDROSA, CONCEJAL DEL PP EN DURANGO,
ASESINADO POR ETA EL 4 DE JUNIO DE 2000*

Cuando mi marido me comentó que iba a presentarse como concejal por el PP en Durango (que es donde vivíamos), me chocó bastante, ya que hasta ese momento nunca habíamos hablado del tema y así, de pronto, como que no me gustó la idea pero... era su decisión y la respeté sin más.

Llevaba 13 años de concejal cuando le mataron. Los primeros años todo iba más o menos bien o así me parecía a mí. Él nunca trasladó a casa si tenía alguna preocupación al respecto y la política no era tema de conversación entre nosotros. Desde siempre había tratado con cualquier persona independientemente de su ideología o signo político. Tenía un talante abierto y eso hacía que participase en uno u otro sitio (Korrika, apoyo al euskera...) o entrase a tomar algo o pasar un rato tanto en el batzoki como en cualquier otro local. Creo que era muy confiado, pues para él todos eran amigos...

Las cosas fueron complicándose en el campo político y fue cuando le asignaron un guardaespaldas, como a tantos otros. Se pasó apuro al decírmelo ya que me asusté bastante por este motivo.

Entre dos a tres años antes de matarle empezaron las amenazas en la calle y seguido el acoso de manera más directa. Empezaron a venir a casa un día sí y otro también. Cuando había manifestaciones terminaban debajo de casa, o venían expresamente a leernos pasquines y dejarnos mensajes. Venían con velas que dejaban encendidas, pancartas que dejaban colgadas. Muñecos poniendo frases como “zu ez zarz errugabea” (tú no eres inocente). Los chavales del instituto, que está en frente de casa, nos venían durante el recreo con las pancartas de los presos o nos empapelaban desde el portal hasta la puerta de la vivienda. Cosas increíbles de que estuviesen sucediendo en la realidad.

Se sufre por la pasividad de la gente en general. Los agentes de seguridad que no aparecen o llegan siempre tarde. Piensas que las personas competentes deberían hacer algo y no lo hacen. Se siente un gran desamparo y además tú te sientes como culpable de tal algarabía. No se puede explicar lo que te va hundiendo esta situación.

Nuestra vida familiar era bastante triste debido a esa persecución que cada uno de nosotros iba haciendo frente como podía. El miedo aparece y va dejando huella hasta el punto de necesitar ayuda profesional. Una de mis hijas lo estaba pasando muy mal. Yo solía pensar “no puede ser real que nos esté pasando esto” y me preguntaba cosas como ¿Hasta dónde se puede intimidar a la persona? ¿Por qué permanecen sin borrar las pintadas?... Ir por la calle, sobre todo la zona del casco viejo, y ver su nombre en medio de una diana o poniendo frases como “tú serás el próximo” u otras. Sentía una angustia terrible. Encima te sientes mal por la gente que va contigo, por la gente con la que te cruzas. Es como si llevases encima un sentimiento de culpa. Al final procuras no pasar por esas zonas. Sitios de tu propio pueblo por los que durante toda tu vida has estado y te obligan de alguna manera a prescindir de ir.

Luego están los vecinos. Entre la mayoría notas su malestar porque, claro, ellos también van

soportando tu situación y te sientes mal por ello y piensas “¡cuántos desearían que nos fuésemos a otro sitio!” Estás indignada por todo, porque no hay derecho a que las cosas lleguen a tal extremo.

Le pedí a mi marido en varias ocasiones que lo dejase, más que nada por mis hijas. No quería dejarlo y menos moverse de Durango. La verdad es que me daba pena insistir en ello ya que para él era un aliciente pasar unas horas en el ayuntamiento, pues debido a un infarto muy fuerte que había tenido años atrás tenía concedida la invalidez y estaba retirado del trabajo, por eso dedicaba prácticamente su tiempo a preparar las comisiones en las que estaba y otras cosas que le asignaban debido a su tiempo libre, como cuidar exámenes, reuniones en el matadero, en la mancomunidad, con la asociación de comerciantes, etc. Todo esto le encantaba. Incluso los días de fiesta se iba al ayuntamiento por las mañanas a leerse los periódicos. A él en realidad lo que le importaba era trabajar para su pueblo.

Por otra parte también me decía a mí misma, ¿por qué no puede pensar diferente? Nada tienen que ver las ideas con ser una buena persona. Pero aquí, desgraciadamente, eso no se consiente o puede tener un precio.

Cuando anunciaron la tregua fue inmensa la sensación de sosiego y paz que sentí. Sabía que por lo menos no iba a haber muertos mientras durase. Hubo gente de mi entorno que me comunicó su tranquilidad, sobre todo por nosotros. Personas que me acompañaban entonces y me han seguido acompañando con su cercanía y cariño en los momentos difíciles de esta historia.

Pero la tregua fue demasiado corta y nada se había arreglado. Los políticos no habían conseguido llegar a alguna posible solución. Cuando anunciaron su final, todo fue peor que antes. Además, mi marido se negó esta vez a llevar guardaespaldas. Así es que lo tuvieron muy fácil, supongo.

A pesar de vivir con el corazón encogido, yo luchaba con mis pensamientos como queriendo convencerme de que nunca llegarían a matarle, pero ¡qué equivocada estaba!

De todo lo que rodeó a su asesinato me fui enterando al ir pasando los días, ya que realmente no era consciente de lo que estaba sucediendo. Durante mucho tiempo todo parece una pesadilla. Vives como en una nube. Supe que no levantaron el cadáver durante al menos 4 horas. Me pareció horrible y me quedó grabada una pena inmensa por ésta y otras negligencias que rodearon a su asesinato y que la gente me fue contando.

La casa se llenó de gente, ¡tanta!, que al final no recordaba las personas que habían pasado. Y los medios... sin parar de insistir. Nunca pensé en encontrarme en una situación parecida. De repente eres desgraciadamente noticia y eso iba a hacer que para mí, que siempre me había gustado pasar desapercibida, ya todo iba a ser diferente. Pensé que mi fe, a la que siempre me había agarrado en los momentos difíciles de mi vida, me ayudaría, y así ha sido. Creo que sin ella me hubiese sido imposible seguir adelante, pero era tan duro que me costó mucho reaccionar ya que no podía concebir que le hubiesen quitado así la vida. Nunca podré asumirlo.

Sentía una impotencia y una rabia inmensa. Habían destrozado mi vida, mi familia. Otra familia destrozada. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Con qué derecho esa gente extraña decide arruinarme la vida? No hay respuesta.

La verdad, tengo que decir que me sentí arropada por muchísima gente, más de la que nunca hubiese imaginado. Fueron incontables las visitas, cartas, llamadas, telegramas. Tanto de gente conocida como desconocida, inclusive de la clase política. Por cierto, que entre estos separo la persona del político, ya que sinceramente he conocido lo que es entre ellos el interesarse realmente por ti o lo que es escaparse.

El sentirte arropada a parte de la familia, por tantas personas, te ayuda a pasar el primer trago. Después va volviendo todo a la normalidad y es cuando realmente te vas dando cuenta de lo increíble que resulta. Cambia tu manera de ser, eres mucho más sensible y la tristeza aflora de manera incontrolada en cualquier circunstancia. Cada vez que hay una desgracia semejante vuelves a vivirla como tuya.

Lo de salir a la calle y sentirme observada ha sido terrible. Es mi pueblo, donde la mayoría nos conocemos, pero ya es diferente. Todo ha cambiado para mí y para mis hijas.

Me dijeron si había pensado marcharme, irme a vivir fuera, pero no he querido ni quiero renunciar a mis amigos, a mi gente o romper con las cosas que aquí estoy comprometida. Este es mi sitio. Tengo que decir que he necesitado medicación y he contado con un psicólogo que ha sido y es un gran amigo para mí.

Me he dado cuenta que la gente que me quiere es una mayoría. En ese sentido estoy contenta y reconozco que se han acercado a mí personas de todas las ideologías, en las que pienso ha sido mayor el sentimiento de cariño o de amistad. Las visitas no solo de mis amigos de siempre, sino de gente de grupos sociales, colectivos y particulares me han seguido y siguen prestando su apoyo. Hay gente estupenda en mi entorno.

Personas de Gesto por la Paz me han visitado mucho y siempre están ahí pendientes. Compañeros de ayuntamiento de mi marido (de otros partidos) lamentaban no haberle acompañado más. Cuando le insultaban con nombre y apellido en las concentraciones de Gesto (personas que se ponían enfrente en contramanifestación) y nadie decía nada. La gente lo ha sentido después. Por eso creo que es muy importante acompañar a todas las personas amenazadas.

También he tenido y tengo que soportar esa minoría que se ha sentido feliz con lo sucedido. Personas que han llamado a casa insultando la memoria de mi marido y ahondando en la herida, hasta tener que cambiar el número de teléfono. Yo no lo puedo entender. ¡Cómo puede la gente sentirse bien de esa manera! ¡Por qué tanto odio! Personas con las que te ha unido amistad y de repente dejan de saludarte. Personas con las que has crecido, ido al colegio, etc. que ya no te conocen. Algunas de ellas que se han manifestado debajo de casa, que han insultado, etc.

Me he parado a reflexionar este punto... pero en lo que se refiere a quitar la vida, que es lo más valioso que tiene el ser humano, personas indefensas que no han hecho nada que les merezca esa terrible forma de morir. No hay palabras para expresarlo, como tampoco las hay de consuelo. Ha sucedido, me ha tocado y he de vivir con ello. Mi lucha ha sido y es día a día muy fuerte en lo referente a alcanzar una paz espiritual, porque la rabia sale sin querer y las preguntas ahí están, sin respuesta. Cada día, cuando hago mi examen de conciencia me pregunto si soy capaz de perdonar. Es muy difícil perdonar (sobre todo sin que te lo pidan), pero me es necesario hacerlo.

El perdón no es una obligación, no es el olvido, no es una expresión de superioridad moral

ni es una renuncia al derecho. El perdón es un acto liberador. Perdonar es ir más allá de la justicia. Esforzarnos en plantear el perdón, en proponerlo y hablar de él es invitar a ser cada vez más persona. La reconciliación me parece bastante increíble. Yo opino que siempre hay que tender una mano e intentar ayudar. Pero, ¿cómo hacer comprender lo fundamental a personas que odian? Por ejemplo, que el derecho a la vida es el primer punto a tener en cuenta dentro del respeto a los Derechos Humanos.

Vivo con cierta desesperanza el drama de este país. En mi modesta opinión, pienso que en general los partidos políticos han caído en una crispación terrible y cada cual mira por sus propios intereses. Cada uno cree llevar la razón en lo que dice. El diálogo entre ellos lo veo francamente difícil, aunque está claro que entre todos deberán llegar a un entendimiento, cuando estén concienciados de querer que la paz prime ante todo. Que el respeto de todos los Derechos Humanos se cumpla, empezando por el Derecho a la vida y sabiendo que a todos les va a tocar ceder. Pienso que todo lo demás se puede discutir en el tiempo.

Creo que es difícil avanzar mientras la violencia persiste, pero también creo que hay que ahondar esfuerzos y seguir. Pienso que los grupos sociales, colectivos, etc. tienen que seguir trabajando sin desfallecer. Todos tienen mucho que aportar.

Creo que la gente se debería implicar más en este proceso ya que a mi manera de ver hay una gran mayoría que pasa de esta situación en la que vivimos, que no se preocupa de ir a manifestaciones, actos de solidaridad o de apoyo, etc. Quizá porque viven más o menos bien, porque no les ha tocado de cerca o porque se han acostumbrado. No lo sé, pero es una pena. El pueblo puede hacer presión siempre a los de arriba.

Creo que las víctimas o colectivos de víctimas tienen un papel importante en el proceso de reconciliación, ya que de alguna manera son protagonistas en esta historia, aunque hoy día las cosas estén crispadas.

A mí, particularmente, me gustaría que esta pesadilla terminara y que las personas pudiésemos convivir en paz y libertad, dentro de la pluralidad que hoy en día se da en este país, ya que pienso que lejos de distanciarnos debería enriquecernos.

Mi contribución pudiera ser mi solidaridad con todas las personas que están sufriendo y un firme deseo de libertad y respeto de todos los Derechos Humanos.

Considero muy importante el tema de la educación de nuestros niños y jóvenes que van a ser el futuro. Pienso que la familia juega el papel más importante en ese campo. Son los padres los primeros educadores. Me parece muy importante enseñar el respeto y la tolerancia con los demás.

2. REACCIONES

JUANJO ETXEBERRIA

Al escuchar el testimonio de M^a Carmen, el primer sentimiento que me brota es de pedir perdón. Perdón por mi inconsciencia respecto a una realidad que consideraba lejana o no la quería reconocer o ante la cual mis ojos estaban ciegos.

Junto a esa primera reacción ante el testimonio surge también en mí un silencio respetuoso por lo que se estaba transmitiendo y una sensación profunda de tocar tierra sagrada ante la que me queda descalzarme y contemplar con mucha reverencia.

Y evidentemente un sentimiento de agradecimiento por tener la oportunidad de estar escuchando a M^a Carmen que me manifiesta a una mujer capaz de perdonar desde una experiencia de fe. Me llama la atención y me interpela esa invitación expresa a una reconciliación para todos y la alusión a que los pastores están llamados a cuidar de las ovejas descarriadas. Una mujer donde se percibe que Dios se hace presente acudiendo a las personas que más sufren siendo solidario y compartiendo su dolor.

Y, por último, quisiera recoger una invitación personal a que se vaya creando en mí una mayor sensibilidad con las personas que sufren y que mi vida sepa estar abierta a esas realidades que a veces parecen tan lejanas.

Eskerrik asko!

BORJA AGIRRE

En primer lugar, decir que fue un testimonio muy impactante y que personalmente me ayudó a ver la realidad más claramente, y por otro a ver un rayito de esperanza. Me resultó especialmente llamativa la parte en que nos contó el acoso que sintió en sus carnes la familia antes del asesinato; es un aspecto muchas veces invisible de la realidad, de una crueldad bastante grande, que cuesta reconocer en nuestra propia sociedad.

Creo que Mari Carmen Hernández está viviendo su actual situación de una forma que debería ser más habitual de lo que desgraciadamente es: como una dura lucha contra el odio, una lucha para no dejarse llevar por el asco y los deseos de venganza.

Una conclusión importante que saqué de la charla es la forma de vivir una paradoja: por un lado, creo firmemente que la lucha por mantener una identidad no puede ser más importante que el hecho de seguir viviendo, en caso contrario se convierten en identidades asesinas. No se trata de que el derecho a la vida sea jerárquicamente más importante que otros (pienso que así es, pero no me gusta esa formulación). Se trata precisamente de lo que la propia identidad nos transmite de sí misma: si nos dice “soy más importante que la vida de quienes están contra mí”, entonces estamos ante una identidad asesina, que no sabe convivir con otras. En resumen, que la vida cotidiana no puede ser aplastada por “esas cosas de política”, como dijo Mari Carmen.

La otra mitad de la paradoja: resulta que esas cosas de política sí influyen. No sólo en que Mari Carmen ha visto romperse su familia. También influyen los obstáculos para el perdón

que se ponen a una persona que ha sido víctima del terrorismo: se siente a contra-corriente de lo que se pide de ella, es decir, que no perdone, que sólo acepte una reconciliación en términos de victoria-derrota. Si las directrices políticas son de confrontación, entonces los altavoces mediáticos serán ofrecidos a las víctimas que prefieren dejarse llevar por el odio, se les llamará valientes, luchadores, y en cambio quienes verdaderamente mantienen una lucha interna contra el odio, serán llamados ambiguos, tibios, poco comprometidos. Ese es el ambiente que nos transmitió Mari Carmen.

Otra forma de decir lo mismo: las víctimas no son todas iguales. El asesinato de un concejal tiene una significación política, y por tanto social, que no tienen otras. Y no sé si eso es bueno o malo. Mientras hablaba Mari Carmen, no podía dejar de recordar a otras personas que conozco por mi trabajo, personas sin hogar, inmigrantes, mujeres maltratadas, en situaciones límite, de tragedia existencial, bastante comparables a las de Mari Carmen, con luchas internas también comparables, y que sin embargo no tienen el mismo tratamiento social. Y tengo dificultad para dar a cada cosa su valor. Por un lado, me indigna que la vida de mis ‘clientes’ no merezca ningún titular ni homenaje político. Por otro, me indigna y me provoca angustia que el sistema político o ideológico en el que yo vivo sea interpretado por algunas personas de forma tan inhumana como para matar a alguien por su cargo en un ayuntamiento.

Una última nota sobre nuestro grupo. Supongo que será difícil contar con Mari Carmen de una forma más estable, creo que enriquecería enormemente el grupo. Aparte de eso, voy viendo claro cuál puede ser nuestra misión: mostrar a la sociedad (como otros grupos lo están haciendo) que, para resolver el entuerto de la violencia en Euskadi, es imprescindible tener una actitud como la de Mari Carmen, de saber combinar la crítica con la serenidad, de no satanizar al enemigo ni cerrar todas las puertas, de no dejarse llevar por el odio. Todo esto independientemente de la posición política que uno tenga. El mensaje, la propuesta, creo que es muy sencilla de entender, pero el actual ambiente social lo oculta y lo hace aparecer como una ‘falta de firmeza’: sólo vale la victoria propia y la derrota del enemigo, todo lo demás son blandenguerías.

Me gusta la palabra serenidad, la asocio siempre a situaciones límite. Me recuerdan a Jesús deteniendo la tormenta y pidiendo fe a sus discípulos.

Creo que no basta sólo con proponer esta actitud de serenidad; creo que habría que denunciar enérgicamente la actitud contraria, sea del signo que sea. Insisto que no somos los primeros en tener este planteamiento. Quizá nuestro lugar propio sean las comunidades cristianas, el trabajo con la base, más que la plataforma pública.

En fin, termino. Perdonad la extensión. Para Mari Carmen, un abrazo enorme, mi gratitud y sobre todo mucho ánimo.

MIGUEL GONZÁLEZ

Ojos que no ven, corazón que no siente. Escuchando a Mari Carmen no he podido evitar acordarme del llamamiento que suele hacer Jon Sobrino a los habitantes del mundo rico: despierten ya de su *sueño profundo de inhumanidad*. ¿Por qué estamos impermeabilizados a un sufrimiento tan cercano? ¿Qué anestias –ideológicas, culturales, mediáticas...- nos mantienen en un universo indoloro? ¿Qué orejeras nos impiden desviar nuestra mirada hacia algunos rincones oscuros de nuestra realidad, transidos de dolor y también de solidaridad y esperanza?

Escuchar a Mari Carmen ha sido en buena medida descubrir una dimensión de la realidad que permanecía velada, si no a mi cabeza, sí a mi corazón y a mis manos. ¡Qué diferentes resuenan los hechos y las palabras en la *bibliografía* y en la *biografía*! Sentí especial estremecimiento con los detalles cotidianos de la historia, con los diferentes actos que iban anunciando (qué fácil es ver con claridad a posteriori) el desenlace trágico.

También el testimonio de Mari Carmen me ha llenado de una “esperanza realista”. Seguramente Mari Carmen constituye un caso singular por su calidad y fortaleza personal, su red de apoyo y solidaridad, su fe en Dios y en las personas. Pero es un testimonio vivo de cómo Dios, todo ese torrente de bien que recorre las venas de la humanidad, rehabilita a las víctimas y, a través de ellas, nos hace un poquito más humanos a los demás. La “hebra de gracia que recompone la creación rota” está pasando sin duda por el corazón de Mari Carmen. Y junto a ella, nos da una puntada a todos los que hemos tenido la suerte de conocerla. Muchas Gracias, Mari Carmen.

PEDRO LUÍS ARIAS ERGUETA

1. Primeras reacciones:

- Valorar y agradecer el testimonio de M^a Carmen Hernández por su calidad humana: sinceridad, apertura, sensibilidad, hondura,...
- Ser aún más consciente de lo que supone la agresión de la violencia. Incluso antes de un atentado, cuando se manifiesta como amenazas y acoso. No únicamente sobre la persona perseguida, sino también sobre su familia.
- Reconocer que en nuestra sociedad no existe conciencia suficiente de todo ese sufrimiento por falta de información y, lo más grave, por falta de sensibilidad.
- Confirmar, mediante su testimonio, la centralidad de las víctimas de cualquier conflicto en el proceso de reconciliación. Ellas son espacio privilegiado para la reconciliación.
- Igualmente, su aportación parece apuntar que sí es posible dar pasos en el proceso de reconciliación aunque la violencia persista, pese a que ese proceso sólo se desplegará con todas sus posibilidades cuando ésta cese.
- Reconocer la importancia que tiene para las víctimas el calor humano y la solidaridad para con ellas y su sufrimiento, así como la atención profesionalizada que tanto puede ayudarles (ella valoraba como muy positiva la colaboración que le viene prestando el psicólogo que la trata).

2. Sentimientos experimentados

- Agradecimiento a Dios por el testimonio de M^a Carmen, por poder escuchar que la fuerza del amor puede vencer a los sentimientos de venganza, revancha, odio, etc.
- El convencimiento de que las personas que hemos recibido el regalo de la fe tenemos en ella una fuerza especial para no dejarnos arrastrar, en situaciones como las vividas por M^a Carmen u otras mucho menos dramáticas, por la espiral del odio y de la venganza, rompiendo esa dinámica infernal y para abrirnos a la reconciliación. La evidencia de que esto es así, cuando esa fe tiene consistencia y madurez: ella nos hablaba como desde hace muchos años, cuando se acuesta, siempre realiza un examen de conciencia de lo vivido y de lo por vivir.
- Reconocer que Dios ha trabajado en colaboración con M^a Carmen para, en relativamente

poco tiempo, conseguir su reconciliación personal - quizá no completa del todo, pero sí muy avanzada - y, desde ahí, abrirla a sentimientos, actitudes y compromisos a favor de la reconciliación y el perdón. Pequeños gestos observados desde una perspectiva exclusivamente humana, pero enormes desde la clave del Espíritu que alienta los valores del Reino entre nosotros/as.

– La sensación de que ella, como el samaritano de la parábola, es capaz de una reconciliación excesiva. Es capaz de comprender las dificultades del concejal de Batasuna que se planteó inicialmente visitarla y que finalmente no fue y no la saluda, Vive con tristeza, pero sin acritud, el que la compañera de trabajo de su hija que milita en Batasuna no haya sido capaz, ni en privado, de condenar el asesinato de su marido. Se preocupa de los jóvenes que entran en el mundo que asesinó a su marido y es capaz de disculparlos porque entiende que han sido, en gran medida, sus familias las que les han condicionado decisivamente para acabar teniendo esos sentimientos de odio y esa capacidad de convertir al adversario en enemigo...

– Agradecer también, como signo del Espíritu del Resucitado, la capacidad de M^a Carmen para continuar viviendo la solidaridad a través de diversos compromisos: Bateginez, acogida de una niña rusa, etc. El odio de quienes asesinaron a su marido no ha sido capaz de deshumanizarla, de hacerla perder su fe en la vida, en la solidaridad y en Dios.

MANU

Sentimientos, reflexiones, oraciones que me surgieron al escuchar a M^a Carmen. Primero el agradecimiento a Mari Carmen por la confianza de contarnos situaciones duras de su vida. La alegría de saber que en medio de situaciones terribles, es posible el perdón, es decir, que con personas así, no está perdida la batalla por la paz. Me recordó aquello de que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.

Lo tremenda que es la vida de una persona, a cuya casa llegan las manifestaciones contra ella, o le ponen carteles en el pueblo o pasquines en su misma puerta... Eso es terrible y no puedo ni podemos permitir. Y menos cuando el motivo es pertenecer legítimamente a un grupo político con los mismos derechos que los demás. (Y lo que influye eso en la familia, porque eres el esposo o hijo de esa persona y te tienes que relacionar con las personas del propio pueblo, que te empiezan a tratar como el hijo de... o la esposa de... con lo que las relaciones de fuera empiezan a afectar seriamente a la familia...).

Me ha impresionado la descripción de un tipo de gente joven empujada por su propia familia a odiar y a ir a todas las manifestaciones.

¿Cómo ayudar a estos jóvenes? Me ha impresionado también el que nos haya, o me haya indicado, que esta podía ser una de mis tareas, la atención a los más perdidos, a estos jóvenes.

La alegría de descubrir que la víctima, si hace el proceso de perdonar, es capaz de conseguir que se pueda dar un proceso de reconciliación en cadena. ¿Cómo? Al permitir que personas que tienen mala conciencia, (por ejemplo, alguien que ha estado en las manifestaciones en contra y ahora tiene la culpabilidad de haber colaborado de algún modo a que alguien haya un día apretado el gatillo) entren en relación con ella, y les trasmita su perdón, éstos se sienten perdonados y comienzan a elaborar su propio proceso de reconciliación.

La tristeza de ver que hay mesas en asociaciones de víctimas que no perdonan. Y a veces, por lo que les proponen desde fuera, parece que no se les quiere dejar comenzar a hacer su

propio proceso de reconciliación.

Sabiendo la situación de Carmen, la importancia que dio a encontrar un punto de acuerdo común entre los distintos grupos enfrentados de nuestra sociedad o la propuesta de diálogo para lograrlo o la llamada a superar los mundos cerrados ideológicos donde “estos” son amigos y “estos otros” enemigos...

BLANCA ESTHER IRIARTE

No quiero dejar pasar mucho tiempo para compartir la experiencia, lo que ha supuesto en mí el testimonio de M^a Carmen.

Cuando comenzó la lectura de su testimonio, mi corazón se sintió tocado, interpelado y cuestionado, y me afloraban las lágrimas. Unas lágrimas de emoción al ver que hay personas que no se paralizan ante el miedo, que saben mirar para adelante, desde el dolor y con el corazón partido.

A lo largo de todo el seminario, pensé que tenía y estaba ante una semilla viva del Reino, que el terreno de M^a Carmen, es una vida sagrada, de presencia de Dios, y que esa presencia de Dios se transmiten en gestos de acogida para quién se quiera acercar a su casa. ¿Qué supone una puerta de corazón tan abierta?

Vi a una gran mujer, o mejor dicho toda una mujer, que no cae en grandes discursos, sino que se pone el delantal del servicio y la ayuda para encontrar la paz y experimentar en ese servicio el camino para encontrar la paz.

¿Dónde acaba o empieza un proceso de reconciliación? No sabría dar una respuesta o mejor dicho muchas veces nos atrevemos a dar consejos y respuestas, pero qué osados somos, cuando en nuestra carne no ha habido situaciones de muerte y de agonía,...cuando no se ha vivido Getsemaní.

Me llamaron la atención de esta mujer muchas cosas, el dolor no le ha quitado o no le quita ganas de seguir trabajando por la libertad de todos, sin radicalismo de ningún tipo. ¡Cuántas veces pensamos que los radicales son los otros y no nosotros mismos!

Otro gesto, el no sentirse centro en su dolor,... quizás es lo mismo, su dolor no le hace ser centro, sino salir en busca de otros

Para mí ha sido una gran suerte poder escuchar con los oídos, pero sobretudo con el corazón, todo un testimonio de evangelio.

¡Cómo nos llegan las cosas, cuando las víctimas tienen rostro, vida! Para mí es una mujer que no cierra los ojos a la realidad, a su realidad, pero no se queda en ella, sino que sale de sí misma.

Quizás hemos tenido la suerte de ver a una mujer que vive desde el jueves santo, el servicio a todos.... y en ese gesto de lavar, curar, acariciar, estaba también Judas, y M^a Carmen, también es capaz de lavar, escuchar y acoger a esas personas que también han sido muerte para su marido y su familia.

Me impresionó el tiempo de soledad, los previos a la muerte, esa agonía que destroza, y se va perdiendo vida. ¿Cuál es nuestra solidaridad? ¿Cómo anunciamos, cómo educamos para acompañar el dolor?

Cuando el dolor tiene rostro se ve de una forma totalmente distinta.

Para mí es todo un testimonio a permanecer a no huir, a no tirar la toalla, y no diciendo esto desde la cabeza sino desde la vida, haciéndolo con gesto. A mí me surgía la admiración profunda, por la gran grandeza de corazón, y por ver cómo Dios pasa por la vida de las

personas que se quieren abrir a su palabra, y cómo son capaces de ser las manos, los pies, la palabra y el corazón de Dios allí donde están.

ALEX GARCIA MUJICA

Al recordar la mañana que compartimos con Mari Carmen Hernández el sábado 8 de febrero de 2003, me viene al sentimiento la impresión por escuchar cara a cara el testimonio de una persona, de una familia, a la que le han roto y cambiado la vida de una manera radical. El contacto y escucha directa me abre la mirada y me despierta ante un sufrimiento en el que hasta ahora no había reparado con profundidad.

Pienso que parte de lo que nos ha venido arrebatando la violencia y la beligerancia o la intransigencia política, además de generarnos esa cierta insensibilidad ante el sufrimiento del otro, se refiere a nuestra capacidad de encarnación o arraigo en nuestra tierra, en nuestra vivencia diaria. El hartazgo, el no saber hacia dónde, las incomprensiones mutuas y los bloqueos a la hora de abordar nuestras vivencias sobre la realidad de nuestra tierra nos hacen renunciar en no pocas ocasiones a dar nuestra opinión, “hablar de política” con familiares y amigos ante el miedo al enfrentamiento o la constatación de desencuentros en las percepciones...

En definitiva, parte de la riqueza que nos aporta el encontrarnos en un pueblo plural y variopinto queda apagada por la incomunicación que la violencia genera.

Me admira e interpela la capacidad de Mari Carmen para no renunciar a su arraigo en esta tierra y más concretamente en Durango. Su apuesta por no cerrar puertas y mantener relaciones “aparentemente incompatibles o imposibles”, viendo que es posible siempre que alguien se acerca ofreciendo un apoyo sincero. Su capacidad para superar la palabra odio, para dar un paso que desborde la lógica de la cerrazón, los bandos y los muros que levanta la violencia.

Quizá hablar de Mari Carmen como una persona reconciliada sea plantear las cosas en unos términos que ella misma quiere evitar. Sin embargo, percibo con claridad que se trata de una persona que va cerrando heridas profundas. O, cuando menos, aprendiendo a convivir con ellas y no permitiendo que le arrebaten la vida.

De otra manera sería imposible mostrar esa disponibilidad a contar lo que siente, a dar su testimonio ante quien lo quiera escuchar, desde la sencillez y a la vez desde la claridad de ideas. Sería imposible también mantenerse con receptividad y apertura a otros, preocupándose por y buscando la transformación de este mundo. Manteniendo la capacidad de acompañar a gente que sufre otras carencias e injusticias...

Mostrando una posición ante el mundo que solo una persona con esperanza y fe en la vida puede mantener.

JOSÉ ARREGI

Querida Mari Carmen:

Todos te lo dijimos el sábado con el ánimo conmovido y hoy te lo vuelvo a decir: ¡Gracias! Con tu presencia frágil y entera, con tu palabra tenue y firme, nos dijiste muchas cosas que nos sobrecogieron, nos iluminaron, nos reconciliaron. Nos narraste tu calvario con la paz con la que el Resucitado mostró sus heridas a los discípulos. Nos dijiste que el perdón es

para ti una necesidad del corazón y un acto liberador porque Dios te libera. Nos dijiste que es necesario ir más allá de la justicia; tu justicia es como la de Dios: restaura a la víctima y transforma al victimario. Y nos dijiste que te resultaba difícil la esperanza en la solución del conflicto que vivimos, pero que no hay otro camino que el diálogo y el entendimiento entre todos.

Justo mientras tú nos hablabas y nosotros te escuchábamos conmovidos, ETA volvía a matar, a arrancar un marido a su mujer y un padre a sus hijos; volvía a causar tragedia y desgarró en una esposa viuda como tú, en unos hijos huérfanos como tus hijas. Y volvían a lanzarse gritos de venganza y lemas de más división. Comprensibles sin duda, pero lamentables también.

Hoy, lunes, veo en la viñeta de Máximo en *El País* dos rostros que dialogan:

– “ETA será derrotada y ojalá nuestros ojos lo vean. Pero hasta entonces, ¿cuántos muertos más? ¿Son inevitables estos muertos o podrían ser evitados si *todos juntos* decidiésemos cambiar la palabra *derrota* por la palabra *solución*?

– No sé, no sé... Nosotros tenemos la derrota de ETA por estrategia única. Y ETA y Batasuna tienen su victoria como única solución.

– Pues entonces vayamos de funeral en funeral y de tregua en trampa hasta que alguna generación menos estúpida que la nuestra diga adiós a las armas y se siente a una mesa”.

Mari Carmen, tú eres la alternativa a tanta reivindicación intolerante, a tanta inconsciencia instalada, a tanto autoritarismo intransigente, a tanta estupidez de signo opuesto.

Tu dolor y tu paz nos indican el camino. Tú nos haces sentir como realidad palpable las intuiciones y las ideas más bellas que nos ocupan en nuestro seminario de ALBOAN: que la reconciliación es posible y que empieza por las víctimas; que la reconciliación requiere un perdón y que perdonar no significa olvidar sino curar la memoria en la víctima y gracias a ello también en el victimario; que la reconciliación es un don de Dios, pero que nos viene siempre a través de quienes se sienten acompañados y consolados y sanados por Dios en todas sus heridas.

Sin ti, sin personas como tú, todo ello no sería tan seguro. ¡Gracias, Mari Carmen, porque nos permites seguir creyendo en el poder de la ternura divina, en la capacidad de bondad del ser humano y en el futuro reconciliado de nuestro Pueblo Vasco! Tú encarnas la verdad de nuestras mejores palabras.

3.LA RECONCILIACIÓN

REFLEXIÓN DEL SEMINARIO ALBOAN

La reconciliación como espiritualidad

Al realizar un primer acercamiento al concepto de reconciliación existen en todos nosotros dos reacciones casi mecánicas. La primera consiste en considerar que el avance en la reconciliación es *principalmente* una cuestión de mecanismos, estrategias y voluntad. La segunda, entender que la reconciliación supone una *restauración* o vuelta a la situación previa al desgarró, violencia u ofensa. Ambas premisas fueron profundamente cuestionadas a lo largo del seminario.

En primer lugar, descubrimos que, como señala Schreiter³, la reconciliación es más una espiritualidad que una estrategia. Es cierto que estamos convocados a una tarea importante en ese campo, y que todo el instrumental (herramientas, mecanismos...) con el que contemos nos será muy útil. Pero lo principal, lo *primario*, es que la reconciliación es un don de Dios: es suya la acción primera y decisiva. El propio Jesús en la cruz hace a Dios protagonista de la reconciliación (“*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*”). Quien mejor ha llegado a conocer al Padre, refiere a él la capacidad última de perdonar. Ésta es una experiencia que muchos hemos vivido: hay veces que, por muchos “puños” que le echamos, somos incapaces de perdonar, hasta que abrimos nuestro corazón al don de Dios.

En segundo lugar, creemos que del espíritu de Dios emana la novedad que hace de la reconciliación no una mera vuelta atrás, sino portadora de un nuevo estado de cosas, de unas relaciones reconstituidas y restablecidas sobre nuevas bases, de una situación diferente y mejor.

Algunas pistas evangélicas

Hay diferentes pasajes evangélicos a los que podríamos acudir como fuente para una espiritualidad de la reconciliación. Sin embargo hubo una lectura que nos interpeló de manera especial porque sugiere algunas de las aportaciones que el cristianismo puede ofrecer en nuestro contexto: el buen samaritano.

Además de la compasión y solidaridad con las víctimas, asunto que luego abordaremos, este relato, en primer lugar, nos habla de una *espiritualidad de la inclusión*. Muestra a las claras

³ Fragmentos de dos libros de Robert J. Schreiter fueron parte importante del material que no sirvió de base para el seminario: *El ministerio de la reconciliación. Espiritualidad y estrategias*. Sal Terrae, Santander, 2000; *Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio*. Sal Terrae, Santander, 1998. En adelante, cuando mencionemos ideas de Schreiter provendrán de las recogidas en alguno de estos trabajos.

que es posible la reconciliación entre personas distintas, enemigas y vecinas. Se trata éste de un dato relevante en nuestra realidad vasca, donde la quiebra se produce entre vecinos, amigos, familiares. En el mejor de los casos, las diferencias quedan ocultas bajo un manto de silencio pactado implícitamente. En el peor, se pueden ir larvando la incomunicación, la desconfianza e incluso el odio. Sin embargo, la llamada a la inclusión pide la apertura y el reconocimiento del otro, la construcción común de la sociedad desde la diversidad de identidades y no la mera coexistencia en “chalés adosados”, donde no nos peleamos porque no nos vemos ni compartimos espacios.

En segundo lugar, del relato del samaritano se desprende una *espiritualidad del riesgo*, porque detenerse al borde del camino es “jugársela”. En nuestra realidad vasca, la forma más grave de “jugársela” es estar en el punto de mira de ETA, de eso no cabe duda. Frente a tamaña injusticia otros “riesgos” quedan empujados. Pero también nos parece importante mencionarlos, tal vez porque son más cercanos a nuestra vida cotidiana. En un ambiente tan caldeado políticamente, un pequeño movimiento puede dejarte fuera de la “fotografía” de los auténticos “demócratas” o de los auténticos “vascos”. La disciplina que en tal sentido se impone desde determinadas instancias políticas y mediáticas es férrea y va calando en varios ambientes en los que nos desenvolvemos. Por eso, moverse es arriesgarse a que te sitúen y etiqueten, a que tus intereses y posiciones se vean afectados.

Por último, la del samaritano es una *espiritualidad del exceso*. Vemos cómo en nuestra sociedad las posturas se van alejando y cada vez se hace más difícil el diálogo con quienes no comparten nuestros argumentos. Quizá porque no ignoramos que entrar en diálogo supone perder seguridades, cuestionar principios que consideramos sagrados e intocables, tomar conciencia de los límites de nuestras verdades, ceder espacios a otras visiones. Por eso, una espiritualidad del exceso nos invita a estar disponibles para que nuestra “bolsa” (de ideas políticas, de aspiraciones, de identidad) se vea tocada por los otros.

Además de la lectura del samaritano, hubo otras frases de Jesús que resonaron con fuerza y nos dieron para pensar. También ellas están relacionadas con las actitudes que favorecen la acogida del don de la reconciliación en nuestras vidas.

Entre todas ellas, señalamos dos aquí:

La primera es Mt 5,45: “*Así seréis hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos*”. Para nosotros, que vivimos inmersos en un ambiente en la que la despersonalización del otro y la demonización de proyectos políticos están al orden del día, es una llamada a la superación de la dicotomía entre buenos y malos. Es una llamada al reconocimiento.

La segunda es Mc 9,40 “*El que no está contra nosotros está por nosotros*”. Unas palabras que nos convocan a la tolerancia activa y a la apertura al diálogo con los otros. La irreductible pluralidad de la sociedad vasca hace inapropiadas las soluciones hegemónicas. No se trata de convertir a nuestro *credo* a nuestros vecinos. Todos somos necesarios en esta sociedad y todos tenemos que aportar a la construcción de un marco de convivencia.

Reconciliación personal y social

¿Cuál es la relación existente entre los procesos de reconciliación a nivel personal y a nivel social? Ciertamente, un proceso de reconciliación individual que afectara a un número importante de personas sería el material más precioso del que dispondría Dios para empujar la reconciliación en toda la sociedad. Este “material”, cuya expresión más rica son los testimonios de las propias víctimas reconciliadas, puede ser estratégicamente dispuesto para desencadenar nuevas dinámicas sociales de reconciliación o reforzar las existentes. Pero es muy probable que si no se abre un proceso de reconciliación social, que incluya los elementos de justicia, restitución, depuración de responsabilidades y recuperación de la memoria, será difícil que muchas víctimas se abran o avancen más deprisa en su proceso de reconciliación individual, entendida ésta como la reconstrucción de su entraña humana rota por la violencia. Hay, en definitiva, una cierta circularidad y retroalimentación entre reconciliación personal y social, entre espiritualidad y estrategia.

En nuestra realidad vasca es difícil que se inicie un proceso de reconciliación social, tal y como los describe Schreiter, pues aquí aún no ha cesado la violencia. ¿Cómo sería posible la reconciliación social mientras se sigue asesinando o mientras tanta gente vive amenazada? Sin embargo, esto no implica que tengamos que esperar pasivos a que acabe la violencia para avanzar en alguna dirección; ni tampoco que en nuestro entorno no existan historias de personas que emprenden el camino de la reconciliación personal, de reconstrucción de las relaciones, haciéndonos albergar esperanzas en una sociedad reconciliada. Y esto, aun en una situación como la actual en la que la confrontación social, lejos de amainar, parece que repunta. Creemos que tenemos cierto margen de actuación que debemos aprovechar, para que surjan gestos y símbolos, para fomentar espacios de encuentro entre personas y grupos enfrentados. No hay que esperar a que finalice la violencia para hacer algo referente a la reconciliación, que, dicho sea de paso, no hay que confundirla con la normalización política (que nuestros políticos dialoguen con normalidad). Pero la violencia, con su capacidad destructora y distorsionadora, debe desaparecer definitivamente para poder culminar la reconciliación social.

Las víctimas, en el centro

Al hablar de la reconciliación siempre surge la idea de situar a las víctimas en el centro de este proceso, como sujetos privilegiados, como iniciadores del mismo. Las dificultades aparecen cuando se trata de concretar este principio general. Las víctimas reclaman nuestra total solidaridad y la reivindicación de su memoria. Pero ser sujetos privilegiados no puede significar que a las personas que arrastran una historia de dolor y sufrimiento se les asigne además la pesada carga y responsabilidad de ser animadoras de la reconciliación en la sociedad. Esta posibilidad produce desasosiego. Tampoco creemos que, por el hecho de serlo, las víctimas estén revestidas de una mayor credibilidad y legitimidad en el orden de los diagnósticos políticos y propuestas de solución.

¿Cómo entender, pues, desde nuestra perspectiva que las víctimas hacen arrancar la

reconciliación? Creemos que esta idea tiene que ver más con la dimensión espiritual que con la dimensión político-social de la reconciliación. En clave espiritual, decimos que la reconciliación brota de Dios, y su lógica es la de sufrir con el que sufre, la de estar junto a las víctimas e identificarse con ellas. Por eso podemos decir que la reconciliación comienza por las víctimas. En el plano simbólico y mistagógico, en la hondura de su experiencia de reconciliación, en la transformación que se produce en sus personas, en las dimensiones inimaginables que el Espíritu dinamiza en sus vidas y a su alrededor, en la memoria colectiva que va surgiendo en torno a ellas... existe una fuerza especial que las sitúa en el centro del proceso.

Por eso, quizá la prioridad de las víctimas no haya que entenderla en sentido cronológico, sino porque es verdadera en Dios y en su identificación con las víctimas. Debemos entender ese comienzo por las víctimas no como algo temporal, sino para resaltar su importancia fundamental en el proceso y la *vis atractivo-simbólica* que ejercen las víctimas reconciliadas. Esto, que entendemos es una manifestación de la preferencia de Dios por los últimos, no resulta incompatible con el hecho de que social y políticamente el proceso de reconciliación, en el que la sociedad entera deberá participar, pueda y deba arrancar por otras personas, o se desencadene por distintos acontecimientos.

Creemos, en definitiva, que poner a las víctimas en el centro de la reconciliación significa varias cosas: darles la palabra para narrar *sus historias*, tantas veces olvidadas o silenciadas por *la Historia* y los discursos oficiales; reparar en lo posible el daño hecho; hacer justicia a su memoria. Y también evitar hacer banderas políticas de ellas, erigiéndonos en portavoces y portadores de la voluntad de un grupo también plural en sus ritmos personales y anhelos sociales.

¿Qué le toca a nuestra Iglesia?

Es cierto que la Iglesia cuenta con varios recursos y elementos que puede poner al servicio de la reconciliación. Pero el más valioso de todos ellos, el imprescindible, es que la propia reconciliación se viva al interior de la propia comunidad cristiana. Por eso, la pregunta previa que debemos hacernos antes de plantearnos la aportación de la iglesia en la reconciliación es cómo andan nuestras comunidades a ese respecto. Nos resulta muy interpelador en este sentido el texto evangélico de Mt 5, 23-24 (*“si mientras llevas la ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene queja de ti, deja la ofrenda delante del altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y después ve a llevar tu ofrenda”*). Si nuestra iglesia ha de aportar algo a la reconciliación de nuestra sociedad será desde unas comunidades donde aquélla sea ya una realidad.

Por otro lado, ¿tiene que ver más la aportación de la iglesia con la reconciliación individual que con la social?, ¿con la reconstrucción del sujeto herido que con la de la trama de relaciones sociales? Podría parecer que a la iglesia le corresponde más lo espiritual, lo personal. Sin embargo, entendemos que el evangelio plantea el problema de la violencia humana, del mal, no sólo a nivel individual sino también en su dimensión social. Parece que hoy la tendencia consiste en achacar la violencia a la naturaleza humana, a individuos concretos que sirven de chivos expiatorios. Pero con el evangelio en la mano surge la

pregunta de por qué tanta violencia. La respuesta de la cruz y de la resurrección no es sólo personal. Habla también de reconciliación social y tiene consecuencias para ella. Una de ellas es que las víctimas serán reivindicadas, y no sólo las víctimas presentes o futuras, sino las que ya nos dejaron, las de la historia. Y esto tiene repercusiones sociales importantes.

¿Qué vías podría transitar nuestra iglesia para ejercer un mejor ministerio de la reconciliación en nuestra sociedad? ¿Qué retos tiene señalados? Veamos algunos de los que nos parecen importantes.

Algunos retos

– Tenemos que inventar caminos para evangelizar las sensibilidades. En los procesos de iniciación cristiana no se ha conseguido que los valores evangélicos calen algunas facetas de nuestras personas. Entre nosotros, vemos que el núcleo identitario (político, cultural...) no ha quedado evangelizado plenamente. Existen entre cristianos de nuestras comunidades adhesiones idolátricas a la propia identidad política o cultural. Lo político es lo “último” y no lo “penúltimo”. Es cierto que hay otras facetas en las que lo evangélico no nos acaba de calar del todo. Por ejemplo, en las repercusiones que sobre nuestro estilo de vida puede tener la fraternidad/solidaridad con los excluidos del mundo. Pero en este caso sabemos que debemos seguir trabajando y somos conscientes de nuestras hipocresías y limitaciones. Sin embargo, en la cuestión de la identidad política ni siquiera tenemos conciencia de las repercusiones de rezar el Padrenuestro. Probablemente, el encuentro interpersonal sea una de las herramientas más adecuadas para que las sensibilidades se vean tocadas.

– De ahí, que las comunidades cristianas pueden ser espacios de encuentro. Debemos fomentar lugares para el diálogo, donde sea posible el contacto directo con el “otro”, demonizado y despersonalizado en la vida política.

– Pero el encuentro puede producir conflictos. Y nuestra iglesia no está especialmente bien preparada para vivirlos. Tenemos que aprender en la iglesia a vivir el conflicto y en el conflicto. Nuestra formación ha hecho que lo vivamos de forma culpabilizadora y moralizante. Nos ha parecido que la armonía y la comunión exigían callarse. Hemos huido del conflicto. Y, sin embargo, el Espíritu de Dios es tan creador de unidad como de diferencia.

– Debemos poner al servicio de las víctimas y victimarios toda nuestra experiencia de acompañamiento personal, movilizándolo con humildad ese preciado don de acompañar procesos personales que existe en nuestras comunidades.

– Y toda esta experiencia vivida de reconciliación se tiene que celebrar sacramentalmente. Por eso es importante replantearnos el modo en que celebramos el sacramento de la reconciliación. En su forma actual, pierden significatividad elementos como la responsabilidad, la asunción de la propia historia o el encuentro interpersonal. Y quizá se cargan demasiado las tintas en la “culpabilidad”.

– Ligado a lo anterior, también necesitamos depurar nuestro lenguaje religioso y nuestras imágenes de Dios de cualquier categoría violenta. Imágenes tales como cólera o ira de Dios pueden tener su momento de luz, al indicar que Dios no es indiferente y está afectado por

nuestra historia. Pero debemos estar atentos para que no se nos cuelen por ahí concepciones que alienten o justifiquen la violencia.

Y en cualquier caso, habría unos principios irrenunciables para el trabajo de la iglesia en materia de reconciliación. En primer lugar, la cercanía a todos los que sufren, escuchando y narrando sus historias de dolor e intentando reparar en lo posible la humanidad rota de las víctimas. En segundo lugar, pasar de la culpa, destructora, a la responsabilidad, humanizante. En tercer lugar, poner la mirada en el futuro por construir.

—

Conclusión

Desgraciadamente, parece probable que la violencia nos seguirá acompañando, quién sabe por cuánto tiempo. Debemos ser lúcidos para saber que mientras ésta perviva, junto a sus consecuencias más graves de muerte y dolor, seguirá sirviendo para manipular la realidad o apuntalar espacios de intransigencia.

Nuestro reto es convencernos de que siempre es posible hacer algo y actuar en consecuencia, sin esperar a que la violencia termine.

Ese inédito viable puede pasar hoy por gestos pequeños, humildes y a nuestro alcance: acoger y escuchar a una víctima; mostrar nuestra cercanía a las personas amenazadas; no callarnos cuando en nuestros ambientes se demonizan proyectos políticos o se denigran personas; denunciar en la medida de nuestras posibilidades las agresiones a la libertad de expresión y los atentados contra la pluralidad de nuestra sociedad...

Los cristianos sólo vamos a ser capaces de realizar este tipo de aportaciones, u otras más importantes, si somos capaces de vivir una espiritualidad de la esperanza y de la confianza.

Sin ingenuidad, con humildad y sencillez, pero cultivando la experiencia de que el Espíritu es novedad permanente que siempre nos puede sorprender.

4. EPÍLOGO

REFLEXIÓN DEL SEMINARIO DE CRISTIANISME I JUSTÍCIA

“Amar es creer que todas las personas heridas en su memoria pueden transformar su herida en fuente de vida”

(Tim Guénard, autor de “*Más fuerte que el odio*”, historia de la superación de su propia infancia de malos tratos.

Entrevista de Ima Sanchís en La Vanguardia).

En la sesión final de balance de nuestro seminario, procuramos aplicar nuestro recorrido previo a los textos recibidos de Mari Carmen Fernández y de los compañeros de Alboan. Muy rápidamente exponemos alguna de esas conclusiones.

El seminario nos ayudó a comprender una cosa muy elemental, pero que a veces olvidamos al tratar estos temas: *reconciliación no es lo mismo que perdón*. Este puede ser un acto unilateral, pero aquella ha de ser “de doble dirección”. Mari Carmen de manera admirable ha perdonado a sus verdugos y en este sentido ella se ha reconciliado con su propio drama. Pero sólo ella. La verdadera reconciliación no se dará hasta el momento en que, por ejemplo, uno de esos concejales de HB a los que ella alude y que tenían trato frecuente con ella, tenga el valor de decirle: “lo siento mucho, de veras. Más allá de nuestras diferencias políticas, quizás inconciliables, lo siento mucho a niveles personales y daría cualquier cosa porque no te hubiese ocurrido”. Algo parecido afirman los compañeros de Alboan cuando escriben que sin alguna espiritualidad no puede haber reconciliación.

Pero reconciliación *tampoco es lo mismo que negociación*, ni es resultado de encuentros o negociaciones intelectuales o políticas. Estos, aunque sean de doble dirección pueden servir sólo para evitar males futuros pero no para sanar males pasados. Y son además muy frágiles y amenazados, como puede comprobarse pensando en los acuerdos de Oslo, o de El Salvador etc.

¿Cuáles serían algunos rasgos de esa espiritualidad?

a. Para que pueda producirse lo que acabamos de decir es preciso, “*meterse en el sufrimiento del otro*” y en la historia de ese sufrimiento. “Que las víctimas tengan rostro”, como dice uno de los amigos de Alboan. Reencontrar allí esa vulnerabilidad que nos constituye a todos y en la que todos estamos hermanados. Sólo esta entrada en el sufrimiento del otro conseguirá ese otro rasgo que también nos llamó la atención a todos a lo largo del seminario: que la reconciliación no consiste en el olvido, sino en recordar las cosas de otra manera: en una *sanación de la memoria*. Quizá sólo esa curación del recuerdo permite dialogar a fondo con los que no comparten nuestros mismos argumentos.

b. Ese salto a la historia del sufrimiento del otro *no solemos darlo por iniciativa propia*, porque tendemos a confundir su historia de dolor con su visión de la historia. Y las visiones de la historia, en caso de conflictos, suelen ser paralelas que nunca se encuentran, tanto si se trata de historias personales como colectivas. Hace falta algún factor exterior a nosotros:

una fe religiosa, un mediador o pacificador hábil, un testigo, alguna forma de encuentro inesperado... que nos permita “saltar” a la otra línea paralela. Nos impactó a todos, al leer las reacciones de Alboan tras el testimonio de Mari Carmen, la sorpresa (y el dolor de muchos de ellos), por “no haberse dado cuenta antes”, la constatación de que en todos nosotros puede haber un “núcleo identitario no tocado por el evangelio”.

En el caso de Mari Carmen ha habido algo más: hemos conseguido entrar no sólo en el dolor del otro, sino en el perdón del otro, en su reconciliación con su propia historia doliente. Ese factor ha permitido una reconstrucción de las entrañas rotas, que sería la mejor definición de lo que es la reconciliación y la mejor disposición para las negociaciones ulteriores que siempre serán necesarias.

c. Hay un último factor de carácter más psicológico que podría ayudarnos a dar ese salto a la otra paralela, y es una auténtica “crítica de la sensibilidad”. La Modernidad hizo críticas brillantes de la razón, del conocimiento de los sentidos... Pero, curiosamente, no tenemos hecha una *crítica de nuestra sensibilidad*. Y, sin embargo, es la sensibilidad, aún más que la razón, quien dirige nuestra práctica. Lo explicamos un poco más, porque nos parece un punto importante.

Una clave decisiva para toda sanación interior, y para toda reconciliación, es no confundir lo que nuestra sensibilidad *siente* con lo que la realidad *es*. Esa distinción la hemos ido haciendo ya en nuestras demás facultades perceptivas. Hemos aprendido que lo que captan nuestros sentidos materiales (vista, oído etc.) no es sin más la realidad exterior a nosotros, tal cual es, sino esa realidad “procesada” por nuestros órganos sensoriales. Para las relaciones humanas este dato tiene menos importancia, dado que todos “procesamos” y percibimos la realidad sensorial exterior de la misma manera: lo que yo veo azul, todos lo ven azul y lo que escucho como agudo todos lo escuchan como agudo. La subjetividad de nuestros sentidos es, por así decir, una subjetividad colectiva,

Pero en el caso de la sensibilidad no es así: el impacto y la información que percibo está procesada *sólo por mí* (o, en otras ocasiones, por mí y un grupo afín). Y puede ocurrir que un dato determinado me provoque un gran dolor o un gran gozo, y yo lea luego la realidad del dato de acuerdo con ese estado mío de ánimo. Si por ejemplo, mi dolor ha sido enorme –y dado que el dolor tiene esa evidencia imponente e impositiva- me quedaré con la seguridad de que la realidad tiene una dosis de injusticia o de crueldad correspondiente a mi dolor: no pensaré (ni aceptaré) que las proporciones de mi dolor pueden deberse a factores subjetivos (mis expectativas particulares, mi particular vulnerabilidad, la magnitud de mi propio ego, historias pasadas...). Igual que percibo como evidente que el papel es tan blanco y tan continuo como yo lo veo: y necesito una información exterior a mis sentidos para aceptar que no es así.

Un ejemplo muy gráfico de esto podrían ser aquellas personas a las que les ha sido amputado un miembro, pero luego sienten un enorme dolor en aquel miembro que ya no tienen (la pierna, por ejemplo). El punto de comparación está aquí: su dolor es innegable y a veces insoportable (y esto no acaban de creérselo los demás). Pero estas personas necesitan saber que la realidad que responde a este dolor, no es exactamente como ellos la sienten. Esa crítica de la propia subjetividad o de la propia sensibilidad es imprescindible en una reconciliación auténtica. Y esa crítica sólo se consigue escuchando mucho, y siendo también escuchado.

Sin esa crítica de la sensibilidad, creeré siempre que la reacción dictada por mi dolor, se corresponde objetivamente con la realidad del dato que me provocó esa reacción. *Eso creen, por ejemplo, todos los que reaccionan violentamente.* Los de fuera me hablarán, a veces, de una reacción “desproporcionada”; pero la verdadera desproporción no está entre lo que siento y mi reacción posterior, sino muchas veces ya *entre el dato y el modo como mi sensibilidad es afectada por él.*

Por supuesto, y por desgracia, esto no vale para todos los casos. Pocos negarán, por ejemplo, que en el caso de Israel hay una agresión hacia los palestinos que es violenta y contraria a todo derecho internacional. En este caso el dolor está muy justificado, aunque puedan no estarlo las reacciones terroristas indiscriminadas que ese dolor suscita. Pero cuando vale, vale tanto para procesos de desencuentro personal como de enfrentamiento colectivo. La reconciliación implicará entonces necesariamente *un proceso previo* de enfrentamiento consigo mismo, de autocrítica y de sanación de la propia sensibilidad, y de la propia visión de la historia. Negarse a él es no estar dispuesto para la reconciliación. Aceptarlo llevará a descubrir en el otro valores *humanos* que son superiores a la propia identidad y tales que si ésta los excluyera se corrompería. Esto es lo que los amigos de Alboan llegan a llamar “idolatría de la identidad”. ¡De cualquier identidad!...

d. ¿Qué habría que hacer entonces para intentar ser agentes de reconciliación? Entendemos que una de las tareas sería *poner encima de la mesa muchas historias de sufrimiento*: sin esconder unas y exhibir otras, sin magnificar unas y minimizar otras. Intentando que nunca sea visto el dolor ajeno como una victoria propia, porque el absurdo del sufrimiento no cabe en ninguna lógica y en ninguna racionalidad (ni propia ni ajena). Y tratando por eso que ante las lágrimas de una madre que llora a su hijo muerto (sea éste un terrorista o una víctima del terrorismo) nos resulte más importante besar los ojos que lloran, que abrir una copa de champán para celebrarlo.

Precisamente por eso es tan difícil la reconciliación: tanto el campo de muchas relaciones personales como el de las relaciones sociopolíticas están cada vez más vertebrados en torno al poder que en torno a la llamada del rostro del otro. Vivimos, en este sentido, en un sistema de relaciones no reconciliadas, y sólo grandes dosis de auténtica espiritualidad pueden paliar sus desastrosos efectos.

(Noviembre 2003)

CUESTIONARIO PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- 1.** ¿Qué datos de los testimonios leídos me han descolocado más?
- 2.** ¿Qué observaciones, tanto de la reflexión de *Alboan* como del epílogo de *Cristianisme i Justícia*, me han hecho caer en la cuenta de cosas que tenía olvidadas?
- 3.** ¿Hay en mí algún recuerdo que necesita no ser olvidado pero sí sanado? ¿Cual?
- 4.** ¿Hay algunos valores que están por encima de mis ideales y de mis ideas y que veo que no debo pisotear para llevarlos a cabo? ¿Cuales?
- 5.** ¿Conozco historias de sufrimiento de personas que no están en mi posición? ¿Me atreviría a repasarlas?
- 6.** La primacía de las víctimas (sin manipularlas ni ignorarlas en provecho propio) ¿a qué debería llevarme?

*Con toda sinceridad califica de 1 a 10
tu voluntad de reconciliación*

© *Cristianisme i Justícia* – Roger de Llúria 13 – 08010 Barcelona

T: 93 317 23 38 – Fax: 93 317 10 94 – espinal@redestb.es – www.fespinal.com

Noviembre 2003